



LOS MURALES DEL CERRO DEL TEPEYAC

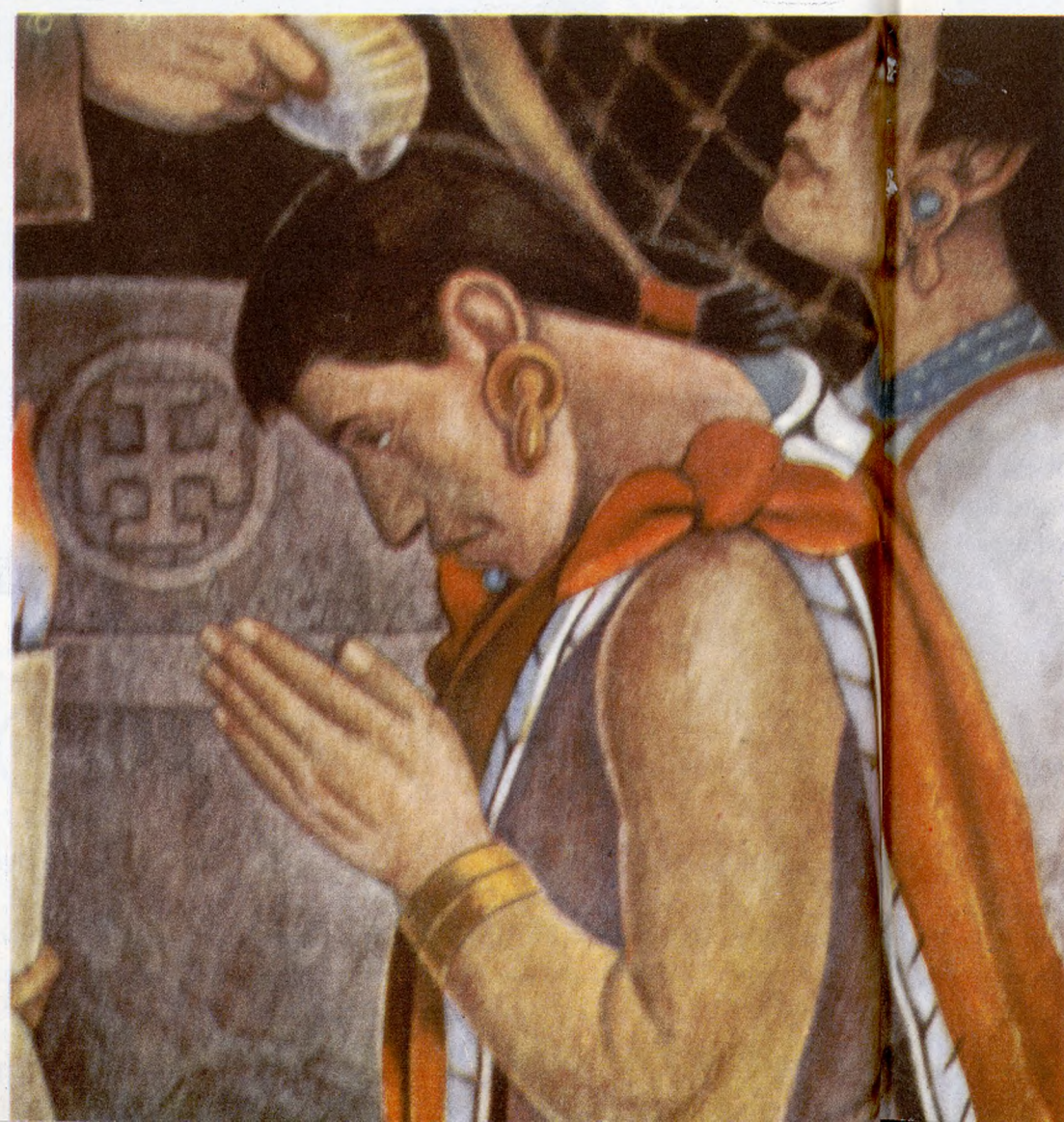
ACABA de terminarse en México una obra plástica de grande significado, tanto desde el punto de vista artístico como religioso y nacional; se trata de siete grandes pinturas, al fresco, que el maestro Fernando Leal ha terminado en los muros y la bóveda de una iglesia muy tradicional, sobre el más importante tema del catolicismo mexicano: las apariciones de Nuestra Señora de Guadalupe.

Hace cuatro siglos—ésta es la historia—se le apareció la Virgen a un humilde indígena, Juan Diego, a un lado de

la pequeña colina, llamada entonces, por los nativos, Tepeyac. Ordenóle que fuera a ver al obispo de Nueva España, Fray Juan de Zumárraga, y le dijese que construyera una capilla en aquel sitio. El sencillo Juan Diego fué a ver al obispo, le contó la historia, éste no la creyó y le pidió una seña de que su narración era verídica. El neófito no volvió al cerro del milagro, pero a los pocos días tuvo que pasar

de nuevo cerca porque su tío estaba muy grave y quería llamar al confesor del Imperial Colegio de Santa Cruz de

Por **LUIS ISLAS GARCIA**





Tlaltelolco—la universidad que fundó Carlos V—y allí volvió a aparecérselo Nuestra Señora y le ordenó cortara unas rosas de Castilla, bellísimas, que crecían en lo alto del cerro, donde sólo crecían los cactus. Con las rosas en su «ayate» —manta tejida de fibras de maguey—fué Juan Diego de nuevo al obispado y, al caer las flores ante el prelado, se apareció la milagrosa figura de la Virgen que, bajo la advocación de Guadalupe, se venera con gran devoción en la villa de México del mismo nombre. Este es un relato muy abreviado del tema histórico-religioso que pintó el célebre maestro en la capilla donde se conserva el recuerdo de la primera aparición.

Las pinturas hoy realizadas en el templo son siete, en el orden siguiente: *La Doctrina en Santiago Tlaltelolco*, donde aparecen como temas principales un fraile franciscano adoctrinando a los naturales en idioma nahoa y un cacique vestido a la antigua usanza, que es bautizado y tiene como padrinos una pareja de conquistadores españoles. *La primera aparición*, que representa el momento en que el sorprendido Juan Diego, después de subir penosamente el cerro, contempla la maravillosa figura de Nuestra Señora, rodeada de un arco iris, mientras a lo lejos lucen las montañas que circundan el Valle de México, donde un jinete se dedica a la caza. *La visita de Juan Diego a Fray Juan de Zumárraga*, que en una celda frente a las ruinas del antiguo «teocalli»—templo indígena—cuenta de nuevo su mensaje al «protector de los indios», mientras a las espaldas de Fray Juan se desarrollan animadas escenas de construcción de la nueva ciudad. *La enfermedad de Juan Bernardino*, tema del cuarto fresco, representa al tío de Juan Diego, tendido en un «petate» —estera tejida de hojas de tule—mientras se le aparece la Virgen bajo la advocación de *Salus Infirmorum* y lo alivia, en tanto que a un lado de la estancia luchan el Ángel de la Guarda y la Muerte. El quinto fresco es *El Milagro de las Rosas*, en que la misma Virgen las entrega a Juan Diego frente a una naturaleza admirablemente representada. El último fresco se refiere a *La cuarta aparición*

o sea la aparición en el obispado, ante el pasmo de los concurrentes y la emocionada actitud del señor prelado.

Las pinturas anteriores, como decimos, ocupan toda la extensión de los muros y las restantes cubren la bóveda. Se trata de una *Gloria* en que ángeles muy diversos demuestran su inmenso júbilo por las apariciones, tocando instrumentos variados, entre los que se destacan los primitivos mexicanos: «caracoles», «teponaztlis» y «huehuetts».

Salta a la vista la importancia del trabajo realizado por el maestro Leal, y desde luego, conviene poner de relieve que, en México, país de pintura al fresco, ésta se ha aprovechado ahora en una escala difícilmente igualable. Tal decoración puede decirse que marca una época en el arte mexicano y abre perspectivas para trabajos de esta índole como sólo se realizaron en el Renacimiento Italiano. El amor a lo decorativo, tan propio del mexicano, unido a su fervor religioso, ha empezado a ser comprendido por sus pintores, ante la realización del notable maestro de la decoración que nos ocupa.

Desde un punto de vista popular, las pinturas de Leal han sido visitadas por centenares de peregrinos que diariamente llegan a la basílica y suben al *Cerrito* o colina de las apariciones para contemplarlas con religiosa emoción; llevan sus vestidos peculiares, los caracteres de su tipo racial, unificados en los gestos de asombro y devoción del milagro.

Desde el punto de vista religioso, la obra, en su conjunto, actúa con la misma eficacia con que actuaron las evangelizadoras pinturas del siglo XVI, con temas católicos y realizadas con la técnica muralista de los pintores indígenas.

Los anónimos visitantes del Tepeyac, vestidos con sus pintorescas ropas, llenas de contrastes, permanecen mucho tiempo frente a las pinturas del milagro y luego se van a su tierra distante con el inolvidable recuerdo del luminoso mensaje que acaban de recibir.

